

Al tercer día ya me preocupó verlo, como dicen los paisanos, más delgado que una cimbra; y como en las horas de la tarde resultase demasiado molesto con sus aullidos, determiné aplicarle un correctivo: dirigíme con toda cautela hasta una pequeña ventana de la habitación a objeto de sorprenderlo y conseguir que la lección surtiera sus efectos.

Cuando desde la misma observé el interior de la habitación tuve que abandonar los propósitos que allí me habían llevado ante el cuadro que se presentó a mi vista: acosado por el hambre y la sed, y jugándose su último resto de coraje, el pobre perro se resolvía a abandonar la cama con toda clase de precauciones. Mas ni bien llegó al suelo, desde su escondite salió la perdiz como una exhalación, con las plumas erizadas hasta abultarla media vez más su tamaño; el cogote recogido hasta dejar la cabeza entre el nacimiento de las alas que sacudía con violencia, y golpeando los tarsos sobre las tablas del piso, quedó convertida en un ser verdaderamente extraño y diabólico.

De no haber tenido el perro un refugio tan seguro como el que la cama le ofrecía, creo que la perdiz hubiese llegado a picotearlo en sus arremetidas, tan segura estaba el ave de ser dueña de la situación.

Así las cosas no podían prolongarse por mucho tiempo y fui en ayuda del perro; poco a poco, a fuerza de azuzarlo reteniéndolo con una mano del collar y a la perdiz con la otra, que simulaba estar muerta, concluyó por convencerse de que, en efecto, no era tan bravo el león como lo pintan.

ANTONIO POZZI.

NOTA SOBRE EL PARASITISMO DEL "CRESPIN"

(TAPERA NAEVIA)

Hace varios años tuve oportunidad de cazar una hembra del « crespín », la que al morir dejó caer un huevo. Desgraciadamente, el huevo se deshizo al caer por lo que no me fué posible medirlo. No obstante, pude comprobar que era de un color blanco puro y a punto de ser puesto.

Conseguí hace algún tiempo otro huevo de esta misma especie, encontrado en el abdomen de una hembra. Era blanco también y las dimensiones eran de 15 × 20 mm.

Resulta así que siendo el huevo del crespín de un color común, se hace muy difícil distinguirlo cuando está mezclado con los similares de otras especies, como los de varios Dendrocoláptidos, de los géneros *Furnarius*, *Upucerthia*, *Cinclodes*, *Synallaxis*, *Craniolaema*, *Phacellodomus* y muchas otras en cuyos nidos efectúa su postura el crespín.

Esta observación, confirmada por el profesor Carlos Fiebrig ⁽¹⁾, hace más

(1) *Aves del Paraguay*, en EL HORNERO, vol. II, p. 212.

interesante el estudio referente a los padres adoptivos de esta ave parásita. Tal estudio aparece sin duda algo difícil y obliga a ser un tanto despiadado, pues es imposible revisar los nidos de las aves huéspedes sin destruirlos. Se sabe que están hechos con palitos y ramas espinosas en general, dispuestos de un modo bastante ingenioso y artístico por cierto. Están completamente cerrados por todos lados, salvo la entrada que tiene la forma de un tubo o túnel de tamaño variable.

Estas aves colocan preferentemente los palitos espinosos en la parte externa, como para proteger el contenido contra los ataques de otros animales. En cuanto al interior, está forrado con materiales blandos (lana, plumas, pelecho de vacunos, pieles de serpientes, etc.). Los lugares elegidos para nidificar son muy variables. Los hay que hacen el nido en el pasto, otros, como los llamados en Tucumán « leñateros » (*Phacellodomus*), en los arbustos o en las puntas de las ramas de árboles altos. Los nidos de esta ave, muy abundantes, dan un aspecto particular al paisaje en ciertas regiones de esta provincia, llamando mucho la atención del viajero esos numerosos bultos de palitos secos colgados de la punta de las ramas.

Como casi siempre se hallan a una regular altura, resulta imposible examinarlos sin bajarlos por lo que el contenido queda a menudo ignorado.

Estos nidos son los que el crespín suele parasitar más a menudo.

Hace poco, tuve oportunidad de revisar un nido de leñatero (*Ph. rufifrons*) en el que encontré un pichón de crespín. Estaba solo en el nido que tal vez había sido abandonado por los pichones del leñatero ya criados, aunque el joven crespín, muy voraz, suele acaparar para sí todo el alimento que traen los padres adoptivos. Comen insectos, sobre todo langostas, pequeñas pero enteras, y otros restos que no pude identificar.

Los leñateros nunca se alejan mucho del nido, el que siguen ocupando todo el año, pero recién en Noviembre tiene lugar la postura, siendo los huevos idénticos a los del crespín. La postura es de cuatro huevos, pero en general no nacen más que dos o tres pichones. A veces queda todo destruido y abandonado, siendo ocupado el nido por el tordo músico (*M. badius*) el que ensancha algo la entrada.

Cuando los pichones empiezan a emplumarse, los adultos inician la construcción de otro nido encima del primero, sobre la misma rama, destinado a la segunda postura; así crece el bulto leñoso hasta que, a veces, por el peso excesivo, todo se viene al suelo.

Es frecuente también que se instalen avispas en algunos de estos nidos viejos, en los del piso bajo, lo que no es obstáculo para que todos sigan viviendo en buena armonía.

Hasta el mes de Abril tienen pichones y hasta la misma fecha suelen verse también jóvenes del crespín los que emigran hacia el Norte mucho más tarde que los adultos.

Es probable que el crespín, criado por leñateros, vuelva al año siguiente

para depositar sus huevos en el mismo nido, recordando el camino y la morada nativa.

Los leñateros demuestran agitación cuando el crespín se acerca al nido, pero no huyen, a pesar de que es indudable que el crespín come también huevos y pichones de otros pájaros.

Otra especie de leñatero (*Ph. ruber*) suele ser también padre adoptivo del crespín. He visto a una pareja que alimentaba a un pichón recién salido del nido, pero que ya volaba. El nido vacío estaba próximo a un cerco vivo. Esta especie no construye su nido con tanto esmero como *Ph. rufifrons* y trata de ocultarlo en arbustos bajos.

A mi parecer, el crespín vuelve al mismo lugar cada año, en la época de la reproducción y elige también los mismos padres adoptivos.

JUAN MOGENSEN.

VORACIDAD DE LA PERDIZ COLORADA

En el número 3, volumen III, de EL HORNERO el señor Renard publicó una interesante observación sobre la voracidad de la perdiz colorada (*Rhyrchotus rufescens*), y hace notar que no sabe si se trata de un caso excepcional encontrar en la molleja una laucha (*Mus musculus*).

Pues bien, creo que no se trata de un caso de excepción, sino común, y si no hice antes esta observación es porque creí se trataba de un asunto conocido y bien establecido. Supongo que habrá pasado desapercibido por la sencilla razón de que los cazadores envían las aves desprovistas de vísceras y que, en las que han sido abiertas por los estudiosos, la casualidad quiso que no se presentara el caso, tal vez por tratarse de aves cazadas en parajes donde abundan los granos, ajo macho, macachines, etc.

He observado que el caso se presenta en las perdices coloradas que viven en los cañadones, muy distantes de los maizales, y siempre se trata de aves muy flacas, lo que me induce a pensar que sólo comen lauchas cuando les falta otro alimento.

Durante el mes de Julio de 1925 debí trasladarme a Colonia Seré (F. C. O.) por asuntos particulares, y aproveché la oportunidad para llevar mi escopeta. Iba en compañía del señor Diego Moodie, alto empleado de la Cervecería Quilmes, gran aficionado a la caza y como tal, hombre muy conocedor de las costumbres, alimentación, etc. de las aves de caza.

De Colonia Seré debimos trasladarnos a Drysdale (F. C. C. G. B. A.) y para ello es necesario atravesar unos cañadones inmensos que quedan entre Carlos Tejedor (F. C. O.) y Drysdale.

En el camino vimos muchas « coloradas » y el señor Moodie sólo mató